

dio, que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso, que á lo ménos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y Fray Gerundio, y temia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos; y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la Granja; y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos, que consultar en secreto con su Reverendísima.

CAPÍTULO II.

SALENSE A PASEAR FRAY BLAS Y FRAY GERUNDIO, Y DE LAS RIDÍCULAS REGLAS PARA PREDICAR, QUE LE DIÓ AQUEL CON TODOS SUS CINCO SENTIDOS.

ELLOS que no deseaban otra cosa, sin aguardar á más razones, toman los báculos, y los sombreros, y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la Granja, hasta muy entrada la noche. Quiso ánte todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido Sabatino el sermón, que habia de predicar á Santa Orosia, y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones más á su gusto que habia compuesto hasta entónces. Pero Fray Gerundio le dijo, que para leer el sermón ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no querria que se le olvidasen: especialmente, que como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo, Espetóle toda la conversacion, que habia tenido por la mañana con el padre maestro, lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo ménos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los Santos Padres, y á falta de ésta el modo de suplirla con la

leccion atenta de buenos y escogidos sermonarios; los que determinadamente le habia señalado que eran los de Santo Tomás de Villanueva, Fray Luis de Granada y el padre Vieira; y finalmente las reglas, que á petición suya habia ofrecido darle para predicar bien todo género de sermones.

2. Y á tí, ¿qué te pareció de todo lo que te dijo ese santo viejo? le preguntó Fray Blas. ¿Qué quiere V. que me pareciese? le respondió Fray Gerundio, que todos los viejos saben á la pez, y que en fin los viejos no dicen más que vejezes. Ahora bien, le replicó Fray Blas, excusemos de razones, porque contra experiencia no hay razon, y para que veas cuán sin ella habla ese santo hombre, oye un argumento sencillo, pero convincente. Yo no he estudiado ningunas de esas facultades, que te dijo eran tan necesarias para ser uno buen predicador. Yo no he leído de los Santos Padres, más que lo que encuentro de ellos en las lecciones del breviario, y en los sermones sueltos que se me vienen á las manos, ó en los sermonarios de que uso. Yo no sé, que haya visto ni aun por el pergamino, los sermones de Santo Tomás de Villanueva. Por lo que toca á los de Fray Luis de Granada, lléveme el diablo si en mi vida he leído ni siquiera un renglon; y solo de Vieira he leído algunos sermones, porque me gustan mucho sus agudezas. Siendo esto así, te pregunto ahora; ¿parécete en Dios y en tu conciencia, que predico yo decentemente? ¿Qué llama decentemente? replicó con viveza Fray Gerundio: yo en mi vida he oído ni espero oír á otro predicador semejante. Luego para predicar bien (concluyó Fray Blas) no es menester

nada de eso, que te quiso encajar el antaño de Fray Prudencio.

3. El argumento no tiene respuesta, dijo el candidísimo Fray Gerundio, y así desde ahora le doy á V. palabra de no hacer caso de todo cuanto me diga. Mi guía, mi ayo, mi maestro, y como dicen, mi padrino de púlpito ha de ser V.; sus consejos han de ser mis oráculos, sus lecciones mis preceptos, y no me apartaré un punto de lo que V. me enseñare. Así pues, ya que la tarde es larga y la ocasion no puede ser más á pedir de boca, deme V. algunas reglas claras, breves y perceptibles, de manera que yo las pueda conservar en la memoria, para componer bien todo género de sermones; porque aunque muchas veces hemos hablado, ya de éste, ya de aquel punto tocante á la materia, pero nunca le hemos tratado seguidamente, y como dicen, por principios. Soy contento, respondió el predicador, y oye-me con atencion sin interrumpirse.

4. Primera regla: eleccion de libros. Todo buen predicador ha de tener en la celda, ó á lo ménos en la librería del convento los libros siguientes: *Biblia*, *Concordancias*, *Poliantea ó el Theatrum vitæ humanæ de Beyerlink*, *Teatro de los Dioses*, *los Fastos de Masculo ó el Calendario Etnico de Mafejan*, *la Mitología de Natal Comite*, *Aulo Gelio*, *el Mundo Simbólico de Picinelo*; y sobre todo, *los Poetas Virgilio, Ovidio, Marcial, Catulo y Horacio: de sermonarios no ha menester más, que el Florilugio Sacro*, cuyo autor ya sabes quien es, porque en ese solo tiene una India.

5. Segunda regla. Tenga V., le interrumpió Fray

Gerundio. ¿Y no será bueno añadir algun expositor ó Santo Padre? No seas simple, le respondió Fray Blas, para nada son menester. Cuando quieras apoyar algun concepto ó pensamientillo tuyo con autoridad de algun Santo Padre, dí que así lo dijo el águila de los doctores, así la boca de oro, así el panal de Milan, así el oráculo de Seleucia, y pon en boca de San Agustin, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio ó de San Basilio lo que te pareciere: lo primero, porque ninguno ha de ir á cotejar la cita; y lo segundo, porque aunque á los Santos Padres no les hubiese pasado por el pensamiento decir lo que tú dices, pudo pasarles. Por lo que toca á los expositores, no hagas caso de ellos, y expon tú la Escritura como te diere la gana, ó como te viniere más á cuento; porque tanta autoridad tienes tú como ellos para interpretarla. Que Cornelio diga esto, que diga lo otro Barradas, que Maldonado piense así, ni que el Abulense discurra asá; ¿á tí qué te importa? Cada cual tiene sus dos deditos de frente, como el Señor le ha deparado. Y en fin, porque me hago cargo de que para parecer hombre leído, y escriturario, es menester citar á muchos expositores, no te quito que los cites cuando te diere la gana, ántes te aconsejo que los cites á puñados; pero para citarlos no es necesario leerlos, y haz con ellos lo que te dije que hicieses con los Santos Padres. Prohíjales lo que quisieres, teniendo gran cuidado de que el latin no salga con solecismo; por mí la cuenta si te lo conocieren en la cara. Un solo expositor te aconsejo, que tengas siempre á la mano, estè es el Silveira, porque es cosa admirable para un apuro; y si se te

antojare probar que la noche es dia, y que lo blanco es negro, harto será que no encuentres en él con que apoyarlo.

6. Tercera regla. El título ó asunto del sermon sea siempre de chiste, ó por lo retumbante, ó por lo cómico, ó por lo facultativo, ó por algun retruecanillo. Pondréte algunos ejemplares, para que me entiendas mejor, *Triunfo amoroso*, *Sacro Himeneo*, *Epitalamio festivo*, etc. Sermon que se predicó á la profesion de cierta religiosa; por señas, que en el primer punto la hizo el predicador *Ciervo*, y en el segundo *Leon*, dos animales, que se registran en el escudo de su familia; ¡estos son títulos, estos son asuntos, y esta es inventiva! Si en el blason de la señorita hubiera un Hipogrifo, ni más ni ménos le hubiera acomodado el predicador á su profesion religiosa, porque los hombres de ingenio son los verdaderos químicos, que de todo sacan preciosidades. Oye otros tres admirables títulos por términos contrarios. *Parentacion dolorosa*, *oracion fúnebre*, *epicedio triste*, en las exequias de otra religiosa de grande esfera; y aunque el orador no tomó asunto determinado, sino historiar poéticamente la vida de su excelentísima heroina, lo hizo tan conforme á las reglas del arte, que en la frase jamás se apartó de él, en la cadencia apénas la pierde de vista, y tal vez le sigue exactamente hasta en la misma asonancia. Escucha por Dios como da principio al cuerpo de la oracion, y pásmate si no te quieres calificar de tronco. *A Dios, Celeste Coro*; *á Dios, Lirios Seráficos*; *á Dios, amadas Hijas*; *á Dios, Cisnes sagrados*. ¿Qué le falta á esta cláusula para ser una perfecta

redondilla de romance ordinario, sino haber hecho esdrújulo el último pié del postrer verso, como lo pudo hacer fácilmente el reverendísimo orador, diciendo: *á Dios, cisnes extáticos?* En verdad que nada e costaria, como nada le costó la otra perfectísima redondilla de romance, que se sigue pocos renglones más abajo. *Querida esposa; ¿á qué aguardas? Bella mujer; ¿á qué esperas? Sal de esa caduca vida, y ven á lograr la eterna.*

7. Bien sé, que algunos monos condenan mucho en la prosa esta especie de cadencia, y mucho más cuando se junta la asonancia, queriendo persuadirnos, que tanto disuena el verso en la prosa, como la prosa en el verso. Citan para eso, entre otros muchos, á no sé que Longino, autor allá del siglo de oro, que trata de pueriles, de insensatos y aún de rudos á los que usan de este estilo: *Puerile est, imò tardi rudisque ingenii solutam orationem inamænâ versùs harmonia contexere;* pero ¿qué importa que lo diga Longino? ni ¿qué caso hemos de hacer de un hombre, que acaso seria tercero ó cuarto nieto del que dió la lanzada á Cristo? Fuera de que Longino escribió en griego, y los que le tradujeron en latin y en francés le pudieron haber levantado mil testimonios. Finalmente, lo que á todo el mundo suenà bien; ¿por qué ha de ser disonante? pero vamos prosiguiendo con las títulos y asuntos de sermones.

8 *Mujer llora y vencerás:* sermon á las lágrimas de la Magdalena; ¿qué cosa más divina, que haber acertado á representar el amargo llanto de la mujer más penitente, con el título, y aún con los amatorios lances de una de las comedias más profanas? Estos

primorcillos no se hicieron para ingenios ramplones y de cuatro suelas. *El Lazarillo de Tormes:* sermon predicado en la dominica cuarta de cuaresma, llamada comunmente *de Lázaro*, á cierta comunidad religiosa; en el cual apenas hay travesura, enredo, ratería ni truanada de aquel famoso pillo ó idea fingida de un famoso salteador de figones y mal-cocinados, que no se acomode con inimitable propiedad á la resurreccion de Lázaro, de la que hizo asunto el predicador, dejando el propio de la dominica, y predicando solo del nombre que se daba á aquella semana. *Lo máximo en lo mínimo:* sermon predicado á San Francisco de Paula, sin salir de este oportuno retruecanillo, que parecia nacido para el intento.

9. *El particular in esendo, y universal in prædicando:* sermon famoso al célebre Confalon de cierta ciudad, que es el Lydius Lapis de los predicadores de rumbo, y los sermones suelen ser unas bellas corridas de toros, ingeniosamente representadas desde el púlpito, sacando á plaza todos cuantos toros, novillos, bueyes y vacas pacen en los campos de las letras sagradas y profanas, y convirtiéndose el estandarte ó bandera del Confalon en banderilla, que comunmente clava el auditorio al predicador, *porque no ha dado en el chiste.* En fin, porque ya me voy dilatando demasiado en esta regla, si quieres tú dar en el chiste de los asuntos, no tienes más que imitar los del celeberrimo *florilégio sacro*, que debe ser tu pauta para todo. Allí encontrarás los siguientes: *Gozo del padecer, en el padecer del gozar*, á los dolores gozosos de la Virgen. *Real estado de la razon, contra la quimérica razon de estado*, viernes de enemigos.

Luz de las tinieblas, en las tinieblas de la luz, al Santísimo Sacramento. *Dicha de la desgracia, en la desgracia de la dicha*, al entierro de los huesos de los difuntos; y así de casi todos los asuntos de aquel nunca bastantemente alabado ingenio y verdaderamente mónstruo de predicadores. Si algun hombre de génio melancólico, indigesto y cetrino quisiere persuadirte, como muchos han intentado persuadirme a mí, que esta especie de asuntos ó de títulos, sobre no tener sal, gracia, agudeza ni rastro de verdadera ingeniosidad, son pueriles, alocados y muy agenos de la seriedad, gravedad y magestad con que se deben tratar todas las materias en el púlpito, nunca te metas á disputar con ellos, déjalos que abunden en su opinion, hazlos una grande cortesía, y sigue tú la tuya. Porque aún dado caso que ellos tengan razon, los que la conocen son cuatro, y los que se pagan mucho de estos sonsonetes, epitetos cómicos, antítesis y bocanadas, son cuatrocientos mil.

10. Cuarta regla. Sea siempre el estilo cresco, hinchado, erizado de latin ó de griego, altisonante, y si pudiere ser cadencioso. Huye cuanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde más alto, y en voz alta, es razon que tambien sean altas las expresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso florilugio, y solo con estudiar bien sus frases, harás un estilo que aturrulle y atolondre á tus auditorios. Al silencio, llámale *taciturnidades del labio*; al alabar, *panegirizar*; al ver, *atingencia visual de los objetos*; nunca digas *habitacion*, que lo dice cualquier payo, di *habitáculo*, y déjalo por mi cuenta: *existir*,

es vulgaridad: *existencial naturaleza*, es cosa grande. Que la culpa original se deriva por el pecado, á cada paso lo oimos; *pero que se traduce por el fomes del pecado*, si no fuere más sonoro, á lo menos es más latino y más obscuro; y acaso no faltará algun tonto que juzgue, que el primer pecado se cometió en Hebreo, y que un escritor ó literato llamado *Fomes*, le tradujo en castellano. Algun escrupulillo tengo, de que la proposicion (salvo la hermosura de la frase) es disparatada, porque la culpa no se deriva ó no se traduce por el pecado, sinó por la naturaleza que quedó infecta con él. Pero al fin, la verdad de esto quedese en su lugar; porque como soy poco teólogo, no me quiero meter en lo que no entiendo.

11. Guárdate bien de decir nunca la *vara de Aarron*, porque juzgarán que es la vara de algun alcalde de aldea; en diciendo la *Aaronitica vara* se concibe una vara de las Indias, y se eleva la imaginacion. *Cecuciente naturaleza*, es claro que suena mejor, que *naturaleza corta de vista*, porque esta última expresion parece que está pidiendo de limosna unos anteojos de vista cansada. Sobre todo, *ignitas aras del deseo*, por deseo ardiente y encendido, es locucion que embelesa. Basten estos verbi-gracias, para que sepas las frases que has de estudiar, ó á lo menos imitar en el *florilugio sacro*, y con esto solo harás un estilo cultísimo por el camino más fácil. Para que comprendas mejor, ¡qué cosa tan bella es esta! oye una cláusula en el mismo estilo, formada casi solamente de los propios términos: *Cuando la cocuciente naturaleza, superando los ignitos singultos del deseo, erumpe del materno habitáculo, y presenta su exis-*

tencial ser á las atingencias visuales, aunque con la lave original traducida por el fomes, los circunstancias se erigen, cual Aaronítica vara, ansiosos de conspírala. Dígame de verdad, que un sermón en este estilo, no hay oro en el mundo para pagarle.

12. Hay otro estilo también muy elevado, aunque por diferente rumbo, el cual no consiste en frases peregrinas ó latinizadas, sino en una junta y armoniosa mezcla de voces, que siendo cada una de por sí natural, llana y sencilla, las da la colocación no sé qué aire primoroso, que hechiza, suspende y arrebatada. Esto mejor se explica con ejemplos: Supongamos, que me hubiesen encargado un sermón de honras, y que para explicar mi dolor por la muerte de la persona, á quien se dedicaba la oración fúnebre, diese principio á ella de esta manera: *¡Ay de mí! no sé que siento en el alma: parece que esta se me arranca ó forceja por salirse del cuerpo. El corazón quiere seguirla, la garganta se me anuda, la voz no acierta con los labios. A no suplir un precepto la falta del espíritu, no sería posible hablar. Los suspiros se atropellan en la boca, y al salir de tropel, mezclándose con las lágrimas, turban la vista, sin dejarla percibir más que objetos melancólicos y tristes. ¿No te parece que sería ésta una grandísima frialdad, y que á lo ménos cualquiera simple vejezuela entendería lo que quería decir? Pues oye como explicó este mismo concepto un venerable varón en el éxordio de aquella parentación dolorosa, oración fúnebre y epicedio triste de que te hablé en la segunda regla.*

13. *¡Ay de mí; qué pavor recibe el alma; qué desmayo el corazón asusta! El alma fugitiva de sí*

misma no acierta á dar noticia: el corazón saliendo-se del pecho apenas late, porque apenas de esa tumba solo pulsa: anudada la garganta, es áspero cordel el mismo aliento: desmayada la voz, halla un cariño que las ausencias suplén del espíritu, porque se vé animada de un precepto: árbitro este del balbuciente labio, confundiendo los atropellados suspiros del pecho, con la copiosa lluvia de los ojos, solo libres para atormentarse con tristezas. ¿Qué te parece? no es este un encanto; y ¿qué importará, que el ilustrísimo señor Valero, en aquella su célebre carta pastoral (que no sé cierto por qué la han alabado tanto los hombres más doctos de la monarquía) haga una sangrienta sátira contra el estilo elevado en los sermones, especialmente cuando le usan unos hombres, que por su profesión austera y penitente, y por su traje de mortificación, menosprecio del mundo, mortaja y desengaño, parecía que ni en el púlpito ni fuera de él habían de abrir la boca, sino para pronunciar huesos, calaveras, juicio final y fuego eterno? No me acuerdo de sus palabras formales; pero bien sé que son muy semejantes á estas.

14. «¿Qué es ver subir al púlpito á un predicador, amortajado más que vestido, con un estrecho «saco, ceñido de una soga, de que hasta el mismo «tacto huye ó se retrae, calado un largo capucho «piramidal hasta los ojos, con una prolongada barba, salpicada de canas cenicientas, el semblante «medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo demás «más pálido, macilento y extenuado al rigor de los «ayunos y de las vigiliás, los ojos hundidos hácia «las concavidades del cerebro, como retirándose

«ellos mismos de los objetos profanos, y gritando
«mudamente, *apartadnos, Señor, de la vanidad del*
«*mundo!* ¡Qué es ver, digo, á este animado esque-
«leto en la elevacion de un púlpito, asustando con
«sola su vista aún á los que no son medrosos, pro-
«poner el tema del sermón con magestad, arreman-
«gar el desnudo brazo, mostrar una denegrida piel
«sobre el duro hueso hasta el mismo codo, y dar
«principio al sermón de esta ó de semejante ma-
«nera!

15. *Bizarro propugnáculo de España, célebre Co-*
lonia latina, idea de cónsules clarísimos, y gloria de
los pueblos arevacos, ¿qué es esto?... ¿Qué es esto,
bella emulacion del orbe, jurada reina de los carpen-
tanos montes, en cuya ilustre falda, si la vista de
dos profundos valles, te ciñe, al murmuero de Eresma
y de clamores te acompaña?... ¿Qué es esto, Arco de
paz peregrina, donde los ciento y cincuenta y nueve
de tu puente, son trofeos gloriosos del que ostenta Mi-
llán en este día, por real florido iris de su cielo? Et
reliqua.

16. «¿No quedaria escandalizado el auditorio
«(prosigue la substancia de dicho melancólico pre-
«lado) al oír aquel viviente cadáver prorumpir en
«unas voces tan pomposas, tan hinchadas, tan flori-
«das, y cuando esperaban escuchar de unos labios
«emboscados en la espesura de aquella penitente
«barba, ó desengaños que los aterrassen, ó inflama-
«dos afectos que los encendiesen, hallarse con una
«relacion crespá, sonora, retumbante, la mitad en
«prosa y la mitad en verso, que no parecia mal en
«unas tablas? Si saliese al teatro un comediante con

«su peluca blonda y empolvada, sombrero fino de
«plumage, y por cucarda un lazo de diamantes,
«chupa de riquísima tela, casaca correspondiente
«á la chupa, medias bordadas de oro, zapatos á la
«gran moda, con dos lazos de brillantes por evillas,
«espada de puño de oro, baston del mismo puño,
«camisola y vueltas de París, bordadas con exqui-
«sito primor, y él de estatura heroica, de semblante
«grato y señoril, de talle airoso, de bizarra planta,
«de noble y desembarazado despejo, y puesto enme-
«dio del tablado, componiéndose las vueltas, dando
«dos golpecillos halagüeños hácia las caidas del pe-
«luquin ó de la peluca, proporcionado la postura,
«echa una airosa cortesía al silencioso concurso, y
«calado garbosamente el sombrero, rompiese en esta
«relacion:

Ahora, Señor, ahora,
Que la inexorable Parca
Quiere aplicar á mi vida
Los filos de su guadaña.
Ahora, ahora, Señor,
Que postrado en esta cama
Me siento tal, que no sé
Si he de llegar á mañana.

«¿Habria bastantes silvos para él en la mosquetería?
«¿No agotaria todas las peras, manzanas y tronchos
«de la cazuela? ¿El alcalde de corte, que fuese
«semanero, no daria pronta providencia para que
«llevasen á aquel pobre hombre á la casa de la mi-
«sericordia? Sí. Pues, á mal dar, tan loco es un ca-
«puchino que representa en el púlpito, como un
«comediante que hace mision en el teatro. Y lo mis-

«mo se debe entender de cualquiera predicador, sea de la profesion que se fuere; pues el haber puesto el ejemplar en un capuchino, es por la especial resonancia que hace esta hojarasca y vana frondosidad en aquel trage.» Hasta aquí la substancia de dicho Ilustrísimo. ¿Pero qué substancia tiene todo esto? El maligno cotejo que hace entre el predicador y el comediante no viene al caso, por más que parezca convincente; porque si en las tablas se representan vidas de santos y autos sacramentales en verso; ¿porqué no se podrán predicar en los púlpitos relaciones y jacaras en prosa? Que me respondan, que me respondan á esta retorsioncilla!

17. Otro estilo hay, que sin ser elevado en la expresion, es de gran gusto en el sonsonete, y son pocos los auditores, que no se alampen por él. Este es el cadencioso, diga Logino lo que quisiere, y digan lo que se les antojare todos los descendientes por línea recta de los sayones, que dieron muerte al Salvador. El estilo cadencioso es de dos maneras, una cuando la cadencia es de verso, ya lírico, ya heróico; otra cuando consiste en cierta correspondencia, que tiene la segunda parte de la cláusula con la primera, como si la primera acaba en *onte*, que la segunda concluye en *unte*, si la caída de una es en *irles*, ta de la otra sea precisamente en *arles*, si aquella termina en *tamborlan*, esta termine en *matusalen*. Los ejemplos te pondrán esto mejor delante de los ojos.

18. Cadencia de verso lírico. Fuera del divino ejemplar, que ya te puse en el famoso sermón, intitulado: *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epi-*

cedio triste, oye otro sacado de cierto sermón, que se predicó con extraordinario aplauso en una catedral donde hervian los hombres doctos como los garbanzos en olla de potage, y todo él fué por el mismo estilo, sin perder siquiera pié ni sílaba. *Asustada mi ignorancia,.. confuso mi encogimiento,.. ni sé si atribuya á dicha,.. ni sé si desgracia sea,.. la que busco en mi elección,.. para tanto desempeño,.. mil asuntos al sonrojo,.. mil materiales al susto.. Pues si balbuciente el labio,.. se esfuerza á articular voces,.. es seguro el desacierto. Dat lingua nesciente, sonos: Y si abismado en mí mismo,.. á impulsos de conocerme,.. busco en el silencio asilo,.. ó es silencio irreverente,.. ó es sospechoso el silencio: Silentium mihi ignaviae tribuisti: Pero entre estos dos escollos,.. tenga paciencia el Scila,.. y toléreme el Caribdis,.. que por no estrellarme ingrato,.. en peñas de desatento,.. escojo naufragar triste,.. contra rocas de ignorante. Y así va prosiguiendo sin perderle pizca hasta el mismo *quám mihi*. No te puedo ponderar cuánto se celebró este sermón: en el mismo templo resonaron mil vítores y vivas, y despues hasta las mismas damas compusieron décimas en elogio del predicador; por merecer esta dicha, y por lograr esta gloria, ¿no se pueden llegar en paciencia todas las lanzadas de ese Longino ó Longinos de mis pecados, que tan mal está con este bellissimo estilo?*

19. Cadencia de verso heróico. Un sermón al glorioso San Ignacio de Loyola, comienza de esta manera: *Al Marte más sagrado de Cantábría;... al que en las venas del nativo suelo,.. para morrion, espada, peto y coto,.. forma encontró, y materia inac-*

cesible.... A la bomba, al cañon, al rayo ardiente,.. al que nació soldado, mal me explico,.. al que nació Alejandro de la gracia,.. y desde que dejó el materno albergue,.. con una Compañia, y con su brazo,.. aspiró á conquistar á todo el mundo,.. juzgando (y no tan mal) que le sobraba,.. la mitad de la tropa, y mucho aliento.... Al grande Ignacio, digo, de Loyola,.. reverentes consagran estos cultos,.. émulos de su fuego sus paisanos, etc. Aseguróme uno, que se halló presente, cuando se predicó este gran sermón, que no obstante de ser inmenso el auditorio, no se oyó en todo él ni siquiera un estornudo. Tanta era la suspension de los ánimos, y embeleso con que todos le escuchaban. ¿Pues qué caso hemos de hacer de cuatro carcuezos, que porque ellos tengan ya el gusto destituido del calor natural, nos vengan á jerebear la paciencia, y á decirnos que este estilo y modo de predicar no es de oradores sino de orates?

20. Finalmente, hay cadencia, que sin ser de verso lírico ni heróico, es de correspondencia de períodos; y no hay duda sino que es una belleza. Admirable ejemplo en un sermón predicado con sobrepelliz y bonete á la canonizacion de San Pio V. Su principio era este: «Ya, ya sé á quienes intima « fatales sobresaltos el eco de estos sonoros universales cultos. Ya, ya sé que el apoteosis del Máximo « Pontífice Pio Quinto, inquieta, alborota, turba sus « erizadas olas al Lepanto. Ya, ya sé que el eco del « sonoro clarín del Vaticano desmaya, estremece, « atemoriza el orgulloso corazón del Agareno.» Y así vá prosiguiendo, sin que en todo el sermón (que no es corto) se encuentre media docena de cláusulas, que no medien y no terminen en este airosoísimo

sonsonete. Dime, amigo Fray Gerundio, ¿no te embelesan estos diferentes géneros de estilo; no te hechizan; y no es menester que tengan unos oídos con todo el órgano al revés, aquellos á quienes disuenan? Íbale á responder Fray Gerundio, á tiempo que llegó á ellos corriendo y exhalado un mozo de la Granja, diciendo que el padre maestro los llamaba, porque el arcipreste habia hecho su visita, acabado su consulta, y se habia vuelto á su casa.

21. No es ponderable cuanto sintieron uno y otro, que se les interrumpiese la conversacion, porque habia tela cortada para muchas horas. Pero no pudiendo excusarse de acudir al llamamiento de nuestro padre, tuvieron que volverse á la casa, dejando dentellones de la obra para proseguirla en mejor ocasion. No obstante, por el camino en que no aceleraron mucho el paso, Fray Blas volvió á repetir brevemente las mismas lecciones á su discípulo, para que se le imprimiesen más en la memoria, y añadió, que todavía tenia que darle otras reglas muy importantes acerca de las partes más esenciales de que se compone un sermón: como de las entradas ó de los arranques, de las circunstancias en la salutacion, que, diga nuestro padre ni un capítulo entero de padres nuestros lo que se les antojare, són la cosa más necesaria, la más oportuna, la más ingeniosa, y la que más acredita á un predicador; del elogio de los otros predicadores, en funciones de octava ó fiestas de canonizacion, cuando han precedido ó se han de subseguir otros sermones; del modo de disponer, y de guisar estos elogios; de la clave para encontrar en la Sagrada Escritura y en las letras

profanas el nombre ó el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto; del uso de la mitología, de las fábulas, de los emblemas y de los poetas antiguos cosa que ameniza infinitamente una oracion; de los asuntos figurados ó metafóricos, tomándolos, ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves. Como v. gr. llamar á Cristo en el Sacramento, *el Sol sin Ocaso*, ó el Sol que nunca se pone; á San Juan Crisóstomo *el Potosí de la Iglesia*, aludiendo á las minas del Potosí, ya que Crisóstomo quiere decir *Boca de oro*; á Santo Domingo *la Canícula en su tiempo*, con alusion al perro que le figuró en el seno materno, ya que la fiesta del Santo se celebra en la canícula; á Santa Rosa de Lima *la Rosa de la Pasion*; á San Francisco Javier *el Eleutropio sagrado ó el divino girasol*, porque siguió con sus pasos al planeta, que dicen sigue esta planta con su vista, y así de los demás.

22. Estas y otras mil cosas tenia que decirte, pero lo que se dilata no se quita, y los mismos sermones que vayas predicando, me irán dando oportunidad para decírtelas. Lo que ahora te encargo es, que no hagas caso de las maximotas de nuestro padre maestro Fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña, porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones, que se parecen á los de los teatinos, infierno por delante y Cristo en mano. Dióle palabra Fray Gerundio, de que no se apartaria un punto de sus consejos, de sus principios, y de sus máximas; y con esto entraron en la Granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

LEE EL MAESTRO PRUDENCIO EL SERMON DE SANTA OROSIA, YA CON ESTA OCASION ADMIRABLES INSTRUCCIONES A FRAY GERUNDIO, PERO SE ROMPE INÚTILMENTE LA CABEZA.

No era tan temprano cuando los dos volvieron á la Granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velon encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermon de Santa Orosia delante de sí, un polvo en una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un si es no es avinagrado. Y fué así, que como el predicador Fray Blas le habia dicho, que llevaba el sermon de Santa Orosia en las alforjas y se le habia ofrecido, él luégo que montó el Arcipreste, y apenas acabó de rezar Maitines y Laudes para el dia siguiente, cuando con la licencia de anciano, y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dió con el tal sermon á poco escrutinio y se puso á leerle. Pero á la primera cláusula, fué tal el enfado que le causó, que á no haberle contenido su génio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

2. Apénas avistó en la sala á los dos paseantes, cuando encarando con Fray Blas le dijo no sin alguna colerilla: Digame padre predicador; ¿y es posible